



MARXISMO-LENINISMO Y NEOMARXISMOS TRAS 1945

Cesáreo R. AGUILERA DE PRAT

Marxismo y modernidad

El marxismo ha sido una de las manifestaciones intelectuales de la tradición racionalista en cuya construcción teórica es destacable la yuxtaposición de elementos ideológicos y científicos a la vez (1). Esta tensión objetiva inherente, negada por los marxistas «ortodoxos», se ha debido, por una parte, a la recepción del legado cultural clásico de origen «iluminista» (optimismo antropológico, creencia en la razón, el progreso y la ciencia, visión lineal «ascendente» de la historia con «meta» final o sentido de una nueva civilización) y, por otra, a la de los movimientos emancipatorios de los trabajadores (el marxismo como «acción»). Por tanto, todos los marxistas, en mayor o menor medida, tienen una vocación racionalista, comparten una metodología «materialista», critican el *statu quo* capitalista y preconizan «otro» modelo de organización social (2).

El panorama posterior a 1945 ha contribuido a modificar y, sobre todo, a diversificar mucho a los marxismos. Fenómenos como la bipolarización, la ruptura chino-soviética o la aparición política del «Tercer Mundo» tuvieron un lógico impacto. Prescindiendo del marxismo-leninismo institucionalizado en los regímenes del «socialismo real», como ideología oficial única del Estado, los neomarxistas occidentales intentarán hacer frente, con criterios intelectuales más refinados, a los nuevos problemas.

Así, desde la progresiva crisis de las «ideologías totales» y la conciencia del agotamiento del racionalismo dogmático, hasta los retos que plantean el *welfare state* y las nuevas tecnologías, todos éstos y muchos otros factores han contribuido a «revisar» y rectificar constantemente el *corpus* marxista heredado. La realidad contemporánea ha desmentido numerosas previsiones marxistas clásicas, siendo insostenibles cierto tipo de interpretaciones esquemáticas para explicar el desfase («traición» de ciertos líderes, ausencia de «línea correcta», problema de «vanguardias», manipulación «integradora» de las masas por la clase dominante).

No es casual que, por un lado, el descrédito del «socialismo real», y, por otro, el de las viejas y seguras certezas hayan dado paso a un creciente eclecticismo y a un mayor relativismo con tendencial asunción de la diversidad y del pluralismo. La pretensión globalizadora del marxismo clásico ha quebrado porque no es posible dar respuesta satisfactoria a todos los problemas de la realidad a través de un solo paradigma teórico. Probablemente la sobrevaloración positivista casi absoluta del método científico haya contribuido a limitar su potencialidad explicativa.

El problema de la «cientificidad» del marxismo consiste en que está subordinado a una idea (el «comunismo»): es la ética, pues, y no la ciencia lo que acaba configurándolo. En este sentido, el marxismo es un «método», pero también un conjunto de «valores» y no es fácil deslindar ambos planos. Ello no impide que puedan utilizarse sus instrumentos sin compartir su sistema de creencias, pero tal uso será reputado «no marxista» por el grueso de sus seguidores (3).

Es cierto que en la tradición marxista son numerosas las ambigüedades: el «socialismo científico», el determinismo economicista, la bipolarización clasista, la relación medios/fines, la «socialización» de los medios de producción, el carácter absoluto del poder revolucionario y otras que han dado lugar a respuestas divergentes entre sus continuadores. Las principales ideas-fuerza (la supuesta «misión histórica» del proletariado como sujeto social privilegiado y la «necesidad» de la revolución) son apriorismos, pero con una innegable capacidad de sugestión. Esta línea utopista/redentorista ha configurado al marxismo como una ideología de «salvación» que ha combinado voluntarismo y análisis crítico (4).

No obstante, mérito de los neomarxistas ha sido el de considerar obsoleta la polémica sobre los «errores» de Marx: obviamente son anacrónicas las actitudes tanto hagiográficas como condenatorias y no contribuyen a esclarecer, sino todo lo contrario, los problemas de fondo. En otras palabras, es cierto que el planteamiento «naturalista» del marxismo clásico (las «leyes objetivas de la historia») contiene claras afirmaciones ideológicas, pero tampoco puede ignorarse que se viene hablando de la «crisis» del mismo por lo menos desde la polémica revisionista que desencadenó Bernstein en 1899 (5).

Líneas del marxismo contemporáneo

Toda la historia del marxismo en el siglo XX es la de la sucesión de enfrentamientos entre «ortodoxias» y «revisionismos» que, a menudo, han traducido luchas por el poder revestidas ideológicamente. El marxismo se convirtió, por tanto, en instrumento para descalificar a los adversarios, dando lugar a continuas rupturas. La radical escisión orgánico/ideológica y política entre la socialdemocracia y el comunismo marcará profundamente los avatares del marxismo. Por una parte, el marxismo occidental independiente sobrevivirá como «conciencia crítica» y, por otra, el de corte soviético se estructurará como soporte ideológico de un determinado sistema político. Ambas líneas se separan nítidamente: la primera confinada a reducidos círculos intelectuales y la segunda culminará su cerrada codificación como estructura de poder con el estalinismo.

En el caso del marxismo es casi indisociable el estudio teórico e ideológico, por un lado, y el de sus actitudes políticas, por otro (6). En particular, el principal problema del marxismo ha sido el de su vinculación casi exclusiva y privilegiada con el comunismo «ortodoxo» tradicional. Ante esta realidad se han sostenido tres posturas: 1) el comunismo es la encarnación lógica del marxismo, teoría que conduce necesariamente a la «esclavitud, la tiranía y el crimen»; 2) el comunismo es el marxismo contemporáneo como medio fundamental para la emancipación de la humanidad; y 3) el comunismo conocido es una profunda deformación de los ideales y de las teorías marxistas. Está claro que tales puntos de vista corresponden a la derecha occidental (incluyendo a la «nueva», representada por Glucksmann y Henry-Levy), a la «ortodoxia» comunista y a las diversas «heterodoxias» marxistas (7).

Carece de sentido preguntarse sobre la mayor o menor «fidelidad» a la «verdadera» doctrina, pero, en cambio, sí es básico destacar el tremendo impacto de la revolución bolchevique en el pensamiento marxista. Esta ha condicionado en grado sumo a todo el marxismo contemporáneo: una parte extrapoló sus circunstancias y universalizó tal «modelo» de modo abstracto y otra mantuvo una actitud de «crítica

constructiva», incluyendo al trotskismo. El lastre del mítico carácter «socialista» de 1917 ha deformado un análisis más riguroso de la nueva realidad engendrada. Sólo en tiempos recientes algunos neomarxistas han destacado el carácter campesino de la Revolución de Octubre (Skocpol), así como la naturaleza autoritario/«modernizadora» del nuevo Estado (a modo de «revolución pasiva», como pareció intuir el propio Gramsci).

El caso es que la «defensa de la URSS» pasó por encima de cualquier otra consideración y ese largo vínculo de los marxistas con el «socialismo real» es uno de los factores que explican el desgaste de tal teoría. Sin embargo, no está de más recordar que no todos los marxistas del siglo XX han sido los comunistas (en sus diversas variantes), pues un sector de izquierdas del socialismo democrático también se ha reclamado heredero de tal pensamiento (desde Bauer hasta Basso, por ejemplo). En este sentido, las crisis del socialismo y del marxismo no son exactamente sinónimos pues ambos conceptos admiten diversas concreciones al no ser unívocos (8).

Que una doctrina de la emancipación como el marxismo pudiera acabar convirtiéndose en ideología de un Estado opresivo no establece una conexión necesaria entre ambos términos. Es cierto que no es irrelevante que la teoría marxista pudiera dar pie a una interpretación tan distorsionada como el estalinismo, pero carece de sentido atribuirle el *gulag*. No obstante, es verdad que algunas ambigüedades y contradicciones del pensamiento marxista y de la tradición de la II Internacional reforzaron ciertos «usos» elitistas y dogmáticos de tal teoría, pero más bien la concreción leninista del nuevo régimen y los avatares históricos posteriores son los realmente determinantes.

Muy diferente ha resultado ser la evolución de la socialdemocracia y sus relaciones con el marxismo, cuya experiencia no puede descalificarse sin más desde un punto de vista transformador. Inicialmente, algunos teóricos socialdemócratas se presentaron como los «auténticos» intérpretes del marxismo liberador (Kautsky hasta el final de sus días), pero, tras 1945, aquélla se acabaría desprendiendo de tal lastre ideológico (simbolizado por el Bad Godesberg del SPD). No es casual que para los partidos socialdemócratas con funciones de gobierno tal definición fuera no sólo inútil para su gestión pública, sino incluso perjudicial para ampliar su influencia social. Desde esta perspectiva, se considera que el capitalismo es reformable: siendo claramente hegemónica entre los trabajadores occidentales, la socialdemocracia impulsó cambios económico-sociales no desdeñables. El punto de encuentro con el liberalismo progresista (y con las democracias cristianas) fue el Estado social basado en una democracia «avanzada», ciertas nacionalizaciones económicas clave, el cooperativismo y el apoyo sindical. En otras palabras, el «pacto keynesiano» selló el acuerdo entre la izquierda «posibilista» y las derechas «civilizadas»

sobre un modelo pluralista «mixto» (9). La transformación en sentido *catch-all* acabaría disolviendo el «mensaje» doctrinal originario, plasmándose en la plena asunción del «modelo occidental» y en el paralelo rechazo del «socialismo real».

El marxismo-leninismo

Aunque la cristalización del mismo se producirá en el período de entreguerras al imponerse el estalinismo en la URSS, su extensión estatal es posterior a 1945. Por supuesto, el movimiento comunista moldeado en la III Internacional respondía perfectamente a tales parámetros, pero la gran novedad está representada por el surgimiento del «bloque» o «campo socialista». El «zdanovismo» será la manifestación más degradada de una «cultura» política despótica de corte totalitario: el Partido se ocuparía de determinar la «cientificidad» de la labor de los filósofos, los historiadores, los economistas, los juristas, los físicos, los sociólogos y así sucesivamente. Tal dogmatismo hizo —además de estragos en la cultura básica— que muchos avances científicos contemporáneos no llegasen entonces a la URSS y a sus aliados (la física cuántica, la teoría de la relatividad, la biología genética) (10). En otras palabras, el marxismo-leninismo (en su versión estalinista, además) fue concebido como un rígido código cerrado autosuficiente que debía ser preservado —cual «depósito sagrado»— frente a la «contaminación» de las ideologías «burguesas» (presentadas siempre como «decadentes» y/o «desviacionistas»), es decir, todas las demás. Todas las explicaciones de la realidad se hallarían en tal «ciencia», única pauta legítima para interpretarla «correctamente».

La «guerra fría» acentuó el monolitismo, no siendo casual el paroxismo al que llegó la exaltación del «culto a la personalidad» y las severas purgas efectuadas en los países de Europa oriental. El marxismo-leninismo fue exclusivamente el instrumento ideológico para la legitimación incontestada del poder. El «socialismo real» se basó, además, en una mentalidad productivista/desarrollista que sofocó toda creatividad y pluralismo, con glorificación de la disciplina laboral y una movilización encuadrada (el «agit/prop»), amén de una desconsideración absoluta de las cuestiones ecológicas. Desde un punto de vista intelectual tal ideología ha resultado ser totalmente improductiva, teniendo interés exclusivo como manifestación de un determinado sistema de poder.

No obstante, debe reseñarse también que el marxismo-leninismo esconde las políticas más diversas al recubrir ideológicamente la práctica de cada Estado «socialista» (que teoriza *ex post facto*). En otras palabras, además de instrumento legitimador del poder oficial, el marxismo-leninismo es un tipo específico de discurso que combina un extremado ideologismo formal con la adaptación pragmática a cualquier

coyuntura. Por esta razón, es un factor más ambiguo de lo que puede parecer para definir las políticas de tales regímenes (11).

En la publicística marxista-leninista hay que leer entre líneas para vislumbrar las diferencias internas de la élite dirigente o las transacciones. Se hace así un inevitable tributo retórico a un determinado estilo de hacer política, pero su carácter instrumental para la cúpula se manifiesta en la facilidad con la que tal «ciencia» justifica cualquier «viraje» o «línea» que aquella exija. Se trata de un cuerpo doctrinal irrenunciable fijado de modo flexible por la élite según las circunstancias. Naturalmente, la «fidelidad» y «lealtad» al marxismo-leninismo es cuestión clave para el grupo que monopoliza el poder: la unidad de interpretación traduce el férreo control sin fisuras.

En el movimiento comunista internacional el PCUS, como partido «guía», y la URSS, como el «primer Estado socialista de obreros y campesinos», tuvieron la hegemonía incontestada (salvo en la Yugoslavia de Tito) hasta los inicios de la «desestalinización». Esta posición privilegiada le permitió a los soviéticos descalificar toda «disidencia» como producto del «enemigo de clase». Por cierto, al producirse la ruptura chino-soviética no es casual que ambos regímenes comunistas se lanzaran entre sí exactamente las mismas acusaciones: entronización de una dictadura burguesa o pequeñoburguesa, chovinismo gran-ruso o gran-han y antimarxismo («revisionismo»/«izquierdismo»), respectivamente.

La contradicción entre la rigidez de un *corpus* intocable y la continua manipulación «desde dentro» y «por arriba» del mismo, muestran el carácter crecientemente inservible del marxismo-leninismo como «teoría general» definitiva (12). Esto resultó cada vez más evidente tras la «desestalinización»: después del XX Congreso del PCUS ya nada podía ser igual. La conmoción para los dirigentes del movimiento comunista internacional fue enorme y las contradicciones afloraron con más fuerza ante el nuevo clima de tolerancia.

Las peticiones de autonomía social, independencia nacional, flexibilización económica y pluralismo cultural resultaron imparables, hasta el punto de que coyunturalmente, en algunos «países socialistas», los grupos comunistas «revisionistas» adoptaron medidas de liberalización. Naturalmente, la apertura a otras tendencias ideológicas e intelectuales supuso una amenaza para el monolitismo, de ahí la reacción de la élite «ortodoxa» que acabó aplastando las sucesivas intentonas (Hungría, Polonia, Checoslovaquia). Así, los prometedores debates críticos iniciales y las posibilidades de un «socialismo humanista» intrarégimen se cerraron en 1968, probablemente la última oportunidad perdida de liderazgo popular consentido para los comunistas reformistas (Kolchowski, Schaff, Ota Sik).

La vitalidad del debate marxista, truncada por el estalinismo en el «campo socialista», se mantendrá, sin embargo, en Occidente, donde surgirá una tradición común. Incluso los principales partidos comunistas «ortodoxos» (el francés y el italiano) no fueron exactamente como sus homónimos orientales: el prestigio que les dio su gran contribución a la resistencia antifascista permitió el acercamiento al PCF de intelectuales progresistas (Aragon, Eluard, Picasso, Sartre), y la línea teórica autónoma de Gramsci y Togliatti contribuyó a realzar el carácter nacional del PCI.

La «desestalinización» provocará un incremento del «radicalismo» durante los años 60 entre la intelectualidad marxista occidental, sobre todo por la sugestión que provocaron las revoluciones cubana, argelina y china. Ante el «revisionismo» del comunismo «ortodoxo», el señuelo del «Tercer Mundo» cautivó a estos círculos (14). Los marxistas occidentales han tenido siempre notorias dificultades para explicar la fortaleza del capitalismo y la falta de entusiasmo revolucionario de la clase obrera, de ahí las teorías del «aburguesamiento» y la búsqueda de un «nuevo sujeto» de la historia.

Este auge de los más diversos «izquierdismos» (neoleninistas, maoístas, consejistas), que culminaría con los acontecimientos de 1968, resultó ser efímero, pero desencadenó contradicciones y polémicas intensas entre los marxistas (no es casual que muchos intelectuales críticos como Morin, Châtelet, Lefevre y Garaudy se alejaran o, incluso, fueran expulsados del PCF). En consecuencia, se «redescubren» los escritos de Gramsci, Korsch, e incluso Luckács como exponentes de una línea marxista no integrable en la cultura comunista «ortodoxa» oficial (15). La invasión de Checoslovaquia señala el fin de la esperanza en un cambio del «socialismo real» desde el propio régimen y está en el origen del eurocomunismo. La crisis de cierto marxismo se acelerará durante los años 70, entre otras cosas, porque gran parte del debate resultó casi ininteligible, coto cerrado de la más elitista y especulativa academia. Los excesos «teoricistas» (Althusser) originaron una aguda fragmentación de tal pensamiento que acabaría coincidiendo con el derrumbe del «socialismo real» en Europa oriental, sancionado de modo espectacular en 1989.

Por una parte, los neomarxistas presentan algunas características generales comunes, pero, por otra, difieren en muchos de sus planteamientos. Es cierto que en la gran mayoría predominan los intelectuales universitarios, aislados del movimiento obrero organizado y sin práctica política (salvo formal en algún raro caso). Aunque sus preocupaciones son similares, se constata una sorprendente compartimentación nacional y una escasísima ósmosis mutua (16).

El neomarxismo es heredero de muchas tradiciones marxistas e incluso de aportaciones intelectuales diferentes (weberismo, funcionalismo), factor que ha contribuido a relativizar el lastre economicista y la perspectiva «escatológica». La interpretación «canónica», que combinaba el dogmatismo de los principios con la adaptación del discurso a las cambiantes necesidades del politburó, mostró el carácter mitológico de una «teoría» que podía amoldarse a todo careciendo de verdadero poder explicativo (17).

La complejidad de las sociedades desarrolladas contemporáneas inevitablemente ha incidido en tal línea de pensamiento, relativizando muchas convicciones anteriores. El esfuerzo para comprender fenómenos como los nacionalismos, la religiosidad popular, el feminismo o la ecología obligó a replantear certezas e introdujo otra percepción del pluralismo. Así pues, muchos neomarxistas han acabado reconociendo que la «lucha de clases» no es el único parámetro para explicar la conflictividad que la mediación de intereses en las modernas sociedades está mucho más diversificada que antaño y que determinados «clichés» ya no son de recibo («democracia burguesa», Estado como «instrumento represivo») (18).

Los neomarxistas se mueven, no obstante, entre ciertas contradicciones: por una parte, su elaborada crítica hacia el *statu quo* (en Occidente y en Oriente, sin exclusión sectaria alguna) ha permitido la introducción de nuevas dimensiones teóricas y de conceptos provisionales; pero, por otra, no se renuncia a ciertos «valores», esto es, a «otro» modelo de organización social. La denuncia de las insuficiencias y desigualdades del sistema establecido sigue teniendo una dimensión moral, aunque ahora sea «laica» y no «total» como antaño. Por lo demás, su divorcio de la práctica política y su escasa incidencia social no siempre han redundado en beneficio de su labor intelectual: la sobrevaloración de la teoría se ha resentido por la poca investigación empírica realizada en este ámbito (19).

Temas del neomarxismo

Los principales problemas que ha afrontado el neomarxismo son la dificultad para definir las características del capitalismo desarrollado, por un lado, y la naturaleza de los regímenes del «socialismo real», por otro. No es sorprendente la proliferación de conceptos descriptivos para aproximarse a tales realidades: «capitalismo monopolista de Estado», «capitalismo tardío» y «sociedades poscapitalistas», «colectivismo burocrático». La primera cuestión plantea, en particular, la ambivalente actitud de tales intelectuales ante el *welfare state*: ¿debe reputarse, en lo esencial, como una «maniobra integradora» de la clase dominante, funcional para el «capitalismo organizado», o bien reviste características contradictorias de concesión/conquista social a la vez,

permitiendo transformaciones parciales de tipo «material» y no sólo «formal»? (O'Connor, Gough).

La cantidad de aportaciones es, al respecto, notable, desmintiendo, de pasada, el tradicional tópico sobre la ausencia de una teoría del Estado en el marxismo (desde el famoso debate Miliband-Poulantzas, hasta las contribuciones de los italianos Bobbio y Cerroni). Las sociedades complejas avanzadas no pueden reducirse al dualismo clasista tradicional, no sirviendo la teoría de la «ideología dominante» para explicar la estabilidad y el consenso estructurales existentes. Las teorías sobre la legitimación (Habermas, Wolfe) conceden un papel central a tal cuestión, pero, en realidad, presuponen una excesiva capacidad del sistema para generar una ideología global útil para la clase dominante y para neutralizar a los trabajadores, interpretando las disfunciones en términos de «crisis». Parece una sobrevaloración atribuir a la «ideología dominante» una capacidad tan polivalente, aunque cabe admitir que pueda inhibir o diluir el desarrollo de otras alternativas (20).

Para interpretar las transformaciones en la economía y en la estructura de la clases, gozó de cierta popularidad la teoría de la «revolución científico-técnica» (Richta), a veces combinada con la del «capitalismo monopolista» (tanto en la versión más elaborada de Baran-Sweezy, como en la esquemática de Boccara). La generosa confianza en la armónica capacidad constructiva y civilizatoria de la ciencia y de la técnica y el desconocimiento de las negativas consecuencias para el equilibrio ecológico del desarrollo o la falta de un análisis de problemas como el del «Norte/Sur» (hegemonía/dependencia) o del armamentismo/nuclearismo mostraron los límites de tal enfoque (21).

La crisis de los años 70 ha generado diversas perplejidades: ante la ofensiva neoconservadora hay que preservar el Estado social; el modelo del «socialismo real» es completamente inservible; no cabe esperar la revolución desde el «Tercer Mundo»; la democracia pluralista no es sólo «formal»; el mercado puede no ser descartable. Así pues, ni la propiedad privada es el factor crucial del «capitalismo tardío», sino el poder de control-decisión (de ahí el revalorizado papel del Estado y de las corporaciones), ni la democracia es reducida a mera fachada (asumiendo su carácter potencialmente dinamizador), ni la sociedad se reduce a dos clases antagónicas radicalmente enfrentadas (Schaff considera que el proletariado está destinado a desaparecer) (22).

Paralelamente, el descrédito del «socialismo real» ha sido completo entre los neomarxistas, factor que también explica su distanciamiento en Occidente de los respectivos partidos comunistas. Desde el debate sobre la «nueva clase» que desencadenó Djilas (aunque el ex trotsquista Rizzi le precedió en tal enfoque), los neomarxistas se han interrogado sobre la transición al socialismo y la naturaleza de las revoluciones anticapitalistas producidas (Bettelheim, Bahro). Paralelamente, la suges-

ción por el «Tercer Mundo» resultó ser efímera: de entrada, algunos neomarxistas señalaron que esta nueva realidad replanteaba la divisoria clasista tradicional (de acuerdo con el punto de vista maoísta), criterio que originó una intensa polémica sobre el «imperialismo», diferente a la que surgió a principios de siglo a propósito del enfoque leninista (Emmanuel, Samir Amin, Gunder Frank, Palloix). Sin embargo, las ilusiones en el «foquismo» guevarista-castrista (Debray) resultaron infundadas y el marxismo rural no ha sido más que una variante del populismo radical modernizador al llegar al poder (23).

El último esfuerzo de adaptación ha sido el de intentar la convergencia con los denominados, un tanto impropiaemente, «nuevos movimientos sociales» de tipo alternativo (ecologismo, pacifismo, feminismo). No sólo tal articulación es difícil teóricamente, sino que, de hecho, la desconfianza de tales organizaciones de base hacia los intelectuales neomarxistas es manifiesta, precisamente por su rechazo de «guías» y por temor a ser instrumentalizados (Bahro, Offe).

Principales exponentes

Sin duda, los pioneros del neomarxismo fueron los francfortianos, una de las escuelas más originales y abiertas surgidas desde tal perspectiva (Adorno, Horkheimer, Benjamin, Fromm, Reich, Marcuse). La reflexión sobre cuestiones como la alienación, el erotismo, las formas de manipulación o la cultura de masas abrieron insospechadas posibilidades «heterodoxas». Los francfortianos se dieron cuenta de que el proletariado como «sujeto histórico» era un apriorismo indemostrable, rechazando por despóticos los regímenes del «socialismo real» y siendo muy pesimistas sobre las potencialidades revolucionarias en Occidente. Su principal mérito radicó en el antidogmatismo y en la defensa de un razonamiento teórico autónomo, aunque su «negativismo» dejó de aclarar su proyecto de «emancipación» (24). Los francfortianos fueron mucho más allá del estrecho determinismo economicista en su crítica de la civilización tecnológica. Su eclecticismo metodológico, su relativismo ante los grandes principios de la teoría marxista clásica y la radicalidad de su enfoque suponen un hito intelectual, si bien su aislamiento académico (la mayor parte se exilió en los Estados Unidos huyendo del nazismo) impidió una amplia proyección de sus ideas (25).

Sólo coyunturalmente Marcuse gozó de una inesperada popularidad al convertirse en líder intelectual de los estudiantes radicales. Su reflexión se centró en la sociedad conformista y alienada (el hombre «unidimensional»), en el fracaso del «socialismo real» (el «marxismo soviético») y en la búsqueda de un «nuevo sujeto» ante el «aburguesamiento» de los trabajadores (minorías étnicas, estudiantes, «Tercer Mundo»). No obstante, la combinación de neoliberalismo

utópico con algunas ambigüedades (la libertad debe ser «impuesta» y la «no-verdad» ha de ser descartada) muestran los límites de su punto de vista.

En el «campo socialista» la única excepción relevante es la de Lukács, quien mantuvo una difícil posición entre sus análisis independientes y su cesión ante los requerimientos del régimen. Apoyó la «desestalinización» y a Nagy, lo que le valió la deportación. Con todo, siempre consideró preferible el peor socialismo al mejor capitalismo y creyó que aquél podría librarse de sus incrustaciones represivas «desde dentro». Dado el clima «ortodoxo» de su país, Lukács se refugió en la investigación cultural (Goethe, Hegel), culminando su reflexión con su análisis del pensamiento irracional alemán que condujo al nazismo. Una vez más, la tentación de descalificar como «reaccionaria» a toda aportación no marxista limita su considerable esfuerzo teórico. Por lo demás, su aceptación —siquiera parcial— del «materialismo dialéctico» manualizado no deja de ser sorprendente. Su incómoda posición dentro del «socialismo real» explica tales contradicciones (26).

Aunque sólo de modo parcial, la aproximación de Sartre al marxismo y al comunismo «ortodoxo» se explican por las circunstancias políticas de la «guerra fría». Pese a sus reservas, justificó a la URSS por encarnar una política «de paz» y al PCF por representar a los marginados del sistema. En realidad, pronto cambiaría de opinión al reconocer la inutilidad de construir un sistema teórico omnicompreensivo. Su espíritu «de protesta» le acabaría conduciendo a posiciones activistas neolibertarias, pero su reflexión teórica se mantuvo fiel a los postulados culturales del existencialismo.

Es sorprendente la extraña popularidad de la que gozó un filósofo tan oscuro y abstracto como Althusser, quien propugnó una crítica no «derechista» del estalinismo y una «vuelta» a Marx. Así, su rechazo del «humanismo» revalorizó el «estructuralismo» y la «dialéctica». El resultado fue una deformación hiperteorista escolástica que el propio Althusser acabaría reconociendo: el «culto» por las categorías conceptuales «verdaderas» y «objetivas» se convirtió en un fin en sí mismo (la pura «práctica teórica», en su expresión). Su reconstrucción del materialismo histórico resultó ininteligible y su obsesivo metodologismo esterilizó tal labor. Aunque reconoció «autonomía relativa» a las «superestructuras» (los «ARE» y los «AIE»), siempre mantuvo a salvo la famosa «sobredeterminación en última instancia» de la base económica. Típico ejemplo, pues, de difícil equilibrio entre el análisis realista y cierto legado doctrinal intocable. Sus complejas categorías conceptuales se acabaron limitando a reformular la vieja teoría con poco más que una mera modernización semántica. El mejor Althusser hay que buscarlo en sus estudios sobre Montesquieu o en la contundente crítica al burocratismo del PCF.

Mucho más empírico y fructífero ha resultado ser el marxismo anglosajón, tanto por la tradición cultural de su medio, como por sus aportaciones de gran interés, sobre todo en la historiografía (Carr, Dobb, Hill, Hobsbawn, Thompson, Nair, Anderson). No deja de ser sorprendente la vitalidad intelectual de este marxismo académico en países donde tal ideología no ha tenido dimensiones de masas (28).

Pero, sin duda, el marxismo más atípico e independiente ha sido el italiano, entre otras cosas por la refinada herencia intelectual recibida de Gramsci y por la ductilidad y el arraigo nacional del PCI. Así, la teorización de una «vía italiana» al socialismo (que se remonta a la distinción gramsciana entre Oriente y Occidente) basada en la estrategia de las «reformas de estructura» (que, a su vez, conecta con las nociones de «hegemonía» y «guerra de posiciones»), le dio al PCI una notable influencia cultural y política. Por lo demás, su receptividad ante las nuevas formas de protesta obrera (consejos) que surgieron desde la base en las fábricas y de las reivindicaciones estudiantiles a fines de los 60, le permitieron reforzar su profunda conexión con el tejido social y con los anhelos de progreso de amplias categorías cívicas (29). En definitiva, el marxismo italiano, sin romper formalmente con la tradición, fue mucho más realista y dúctil a la hora de percibir las transformaciones contemporáneas (30).

En su momento sobresalió la figura intelectual de Della Volpe, filósofo original no muy seguido cuyos textos, pese a su lenguaje abstruso, no eran asimilables a los manuales soviéticos. Della Volpe centró los debates de nuevo en cuestiones de método (cómo actualizar el marxismo sin negarlo) y sobre el «historicismo» que él rechazó. A su juicio, si el marxismo quiere ser científico debe ajustar las cuentas con la dialéctica que pretende superar la contradicción: pensar hacer ciencia aplicando la dialéctica a la realidad es, desde su punto de vista, una nueva manifestación de idealismo.

Por último, procede hacer una breve referencia sobre el «eurocomunismo» como intento —fallido por su excesivo eclecticismo— de elaborar una «tercera vía». Por una parte, trató de adecuar la estrategia socialista a las condiciones de Occidente, distanciándose paralelamente del «socialismo real» pero, por otra, su despliegue práctico fue, salvo en Italia y parcialmente en Cataluña (el PSUC), táctico e instrumental. Aunque las raíces pueden remontarse a los frentes populares, se trata de un fenómeno nuevo que, no obstante, generó numerosas contradicciones: los «ortodoxos» sólo podían aceptar una interpretación consignista y los renovadores tampoco aclararon muchas de sus vagas propuestas de un «socialismo en libertad» (31). En otras palabras, las luchas internas por el poder y la vulgarización electoralista de tal proyecto arruinaron esta política.

La prueba de fuego se produjo con la alternancia de las izquierdas en la V República francesa en 1981: no sólo no se rompió la «lógica

del capital», ni se impusieron «conquistas irreversibles» de los trabajadores (como las míticas «nacionalizaciones»), sino que «el partido de la clase obrera» (sólo coyuntural y epidérmicamente eurocomunista) sufrió un severo retroceso (32). En definitiva, la teoría eurocomunista fue francamente endeble y reductiva y sólo en el caso del PCI fue un complemento definitorio de su anterior política, la más original dentro de esa ideología.

Hacia el posmarxismo

Kolakowski concluye su rigurosa investigación con esta contundente afirmación: «El marxismo ha sido la mayor fantasía de nuestro siglo» (33). Al respecto cabe hacer varias consideraciones para matizar una descalificación tan global. De entrada, debe recordarse que Marx fue, a la vez, un ideólogo, un eventual activista político y un intérprete analítico crítico de la realidad de su tiempo. Esta polivalente dimensión, no siempre tenida en cuenta, ha de evitar el esquematismo apriorístico a la hora de investigar su obra que debe verse ya como la de un gran clásico. No parece que insistir en los «errores» de Marx tenga mucho sentido a estas alturas: es evidente que muchas de sus tesis han resultado ser obsoletas («derrumbe» inevitable del sistema capitalista, imposibilidad de transformaciones sociales sin destrucción revolucionaria del Estado burgués, pauperización obrera y polarización de las clases, emancipación armónica de la humanidad a través de la «dictadura del proletariado», ausencia de explotación al suprimirse la propiedad privada de los medios de producción y mítica sociedad comunista unánime), pero este tipo de crítica incurre en los vicios del método que niega, esto es, la sobrevaloración de la cita de autoridad (34).

A continuación, es cierto que el comunismo en el poder ha funcionado como una versión opresora del marxismo, pero más por la esquemática y autoritaria reducción unilateral del mismo que por aplicar su método de investigación. El caso es que su notable dimensión popular movilizadora, con toda su brutalidad represiva, contribuyó a modernizar a muchos Estados atrasados y, de rebote, favoreció la flexibilización del capitalismo occidental ya que, ante el desafío revolucionario, tuvo que dar paso a otro modelo de organización intervencionista y asistencial.

Frente al punto de vista tradicional de los enfrentamientos «de clase» como clave explicativa de la conflictividad, hoy tienden a valorarse factores como las pugnas entre Estados, la dimensión «Norte/Sur» o la fragmentación social interna. Parece claro, en las sociedades complejas «neocorporativas», el fin de la «centralidad» de la clase obrera (concepto social éste, por cierto, mucho menos unívoco que antaño) como «motor» de la revolución y, sobre todo, como «sujeto» de la historia (el «privilegio ontológico» al que se refieren Laclau y Mouffe) (35).

El pensamiento de la izquierda está hoy, pues, en la encrucijada: las «evidencias» del pasado son cuestionadas y el hundimiento del «socialismo real» no ha hecho más que corroborar el fracaso de una determinada concreción del marxismo. En este sentido, la clave no es la «fidelidad doctrinal» puesto que ello es un trabajo doblemente absurdo y estéril: las citas de los «fundadores» no pueden aclarar los problemas del presente y tal enfoque se contrapone con el propio «espíritu» de su método. Precisamente el mejor neomarxismo es el que ha sabido desprenderse del lastre dogmático y ha aceptado «contaminarse» con otras aportaciones teóricas y culturales: weberismo (Skocpol), funcionalismo (Offe), ecologismo (Bahro).

En otras palabras, parece llegado el momento de dar paso al «posmarxismo» que considere no tanto los conceptos y análisis de Marx, como su estilo intelectual, predominantemente realista y crítico (36). Ni la especulación en el vacío, ni el determinismo mecanicista pueden contribuir al desarrollo de las ciencias sociales y ambas deformaciones han viciado una buena parte de la reflexión marxista contemporánea. Sólo si los marxistas aceptan que el marxismo no es una doctrina autosuficiente tendrán posibilidades de avanzar y convencer: se trata de un método que puede ayudar a analizar el pasado y el presente, pero que es inútil como elemento previsor del futuro (37).

Frente al interesado planteamiento del «fin de la historia» (Fukuyama), ante el colapso del «socialismo real», es constatable, por el contrario, su extraordinaria aceleración. No es precisamente un nuevo «fin de las ideologías» lo que se vislumbra en el horizonte: las sociedades «posmodernas» requerirán tanta política y tanta ideología como las anteriores, si bien diferentes. La perspectiva estática y autocomplaciente es irreal y, peor, sesgada. En definitiva, no vale la pena seguir interrogándose sobre si estamos en presencia del fin de una doctrina o bien ante una nueva fase de «reelaboración». Tal planteamiento resulta ser tradicional y no desbloquea el *impasse*. Los obstáculos que se interponen ante todo intento emancipador siguen siendo el elitismo (burocrático y tecnocrático), las restricciones autoritarias y las discriminaciones sociales de todo tipo. Parece, por tanto, que sólo la radicalización y extensión de la democracia, del pluralismo y de las garantías en los más diversos ámbitos pueden ir acrecentando las cotas de libertad e igualdad. ¿Utopía? Probablemente, pero esta aspiración solidaria no es privativa del «marxismo», ni el análisis científico crítico puede y debe prescindir de los «valores», relativos y cambiantes según los colectivos, pero inherentes a cualquier proyecto de transformación.

(1) A. Heller, «Marx y la modernidad», *Sistema* 54-55 (monogr. «Centenario de Marx»), junio 1983, p. 3. J. M. Colomer, «Sobre la identidad de la izquierda. Laicidad y valores morales», *Sistema* 65, marzo 1985, pp. 41 y 43. J. Picó (ed.), *Modernidad y postmodernidad*, Alianza, Madrid, 1988, p. 9.

- (2) M. A. Quintanilla y R. Vargas Machuca, *La utopía racional*, Espasa-Calpe, Madrid, 1989, p. 66.
- (3) G. Bello, «Ética y objetividad: en torno a tres paradigmas de ciencia social», En *Teoría*, 1, abril-junio 1979, p. 174.
- (4) F. Châtelet y E. Pisier-Kouchner, *Les conceptions politiques du XX^e siècle*, PUF, París, 1983, pp. 255 y 262.
- (5) L. Paramio, *Tras el diluvio. La izquierda ante el fin de siglo*, Siglo XXI, Madrid, 1988, pp. 31 y 43. M. A. Quintanilla, *La utopía racional*, op. cit., p. 64.
- (6) L. Kolakowski, *Las principales corrientes del marxismo*, III vols., Alianza, Madrid, 1983, I, p. 10. F. Châtelet, *Les conceptions politiques...*, op. cit., p. 252.
- (7) L. Kolakowski, *Las principales corrientes...*, op. cit., I, p. 14.
- (8) I. Sotelo, «Socialismo y marxismo», *Sistema* 29-30 (monogr. «Marxismo y socialismo»), mayo 1979, p. 20.
- (9) B. Goodwin, *El uso de las ideas políticas*, Península, Barcelona, 1988, pp. 132 y 145. M. A. Quintanilla, *La utopía racional*, op. cit., p. 139. R. N. Stromberg, *Historia intelectual europea desde 1789*, Debate, Madrid, 1990, p. 426.
- (10) L. Colletti, «El marxismo después de la segunda guerra mundial», *Materiales*, 6, nov.-dic. 1977, p. 45. L. Kolakowski, *Las principales corrientes...*, op. cit., III, pp. 130, 136 y 141.
- (11) R. Walker, «Marxism-Leninism as Discourse: The Politics of the Empty Signifier and the Double Bind», *British Journal of Political Science*, vol. 19, n.º 2, abril 1982, p. 164.
- (12) R. Walker, «Marxism-Leninism...», op. cit., pp. 172-173, 179 y 186-187.
- (13) F. Châtelet, *Les conceptions politiques...*, op. cit., pp. 374-378. R. N. Stromberg, *Historia intelectual...*, op. cit., p. 423.
- (14) R. N. Stromberg, *Historia intelectual...*, op. cit., p. 437.
- (15) L. Colletti, «El marxismo...», op. cit., p. 53. B. Goodwin, *El uso de las ideologías...*, op. cit., pp. 114-115.
- (16) P. Anderson, *Consideraciones sobre el marxismo occidental*, Siglo XXI, Madrid, 1979, pp. 41, 65 y 87-88.
- (17) B. Goodwin, *El uso de las ideas...*, op. cit., p. 107.
- (18) G. Bello, «Ética y objetividad», op. cit., pp. 193 y 196. P. Flores d'Arcais, «El disincanto tradito», *Micromega*, 2, 1986, pp. 93 y 131. P. Dunleavy y B. O'Leary, *Theories of the State. The politics of liberal democracy*, Mac Millan, Londres, 1989, pp. 224-226 y 231-233.
- (19) K. von Beyme, *Teorías políticas contemporáneas*, IEP, Madrid, 1977, p. 107. L. Paramio, *Tras el diluvio*, op. cit., p. 18.
- (20) N. Abercrombie y otros, *La tesis de la ideología dominante*, Siglo XXI, Madrid, 1987, pp. 22, 157, 175 y 212.
- (21) F. Fernández Buey, «Sobre la crisis y los intentos de reformular el ideario comunista», I y II, *Mientras Tanto* 3 y 4, marzo-abril y mayo-junio 1980, I, p. 102.
- (22) P. Dunleavy, *Theories of the State*, op. cit., pp. 238, 256 y 270.
- (23) F. Châtelet, *Les conceptions politiques...*, op. cit., pp. 525, 539, 552 y 565.
- (24) L. Kolakowski, *Las principales corrientes...*, op. cit., III, pp. 380-381.
- (25) K. von Beyme, *Teorías políticas...*, op. cit., pp. 87-88, 94 y 331-333. J. Picó, *Modernidad y postmodernidad*, op. cit., pp. 37 y 44.
- (26) L. Colletti, «El marxismo...», op. cit., p. 48.
- (27) V. Gerratana, «Sobre las relaciones entre leninismo y estalinismo», *Materiales* 4, julio-agosto 1977, p. 69. P. Anderson, *Consideraciones...*, op. cit., p. 92.
- (28) F. Ovejero Lucas, «Nuevas perspectivas del marxismo anglosajón», *Mientras Tanto* 20, oct. 1984, p. 50 y ss.

(29) G. Vacca, «Política y teoría del marxismo italiano en los años sesenta», en Instituto Gramsci (ed.), *El marxismo italiano de los años sesenta y la formación teórico-política de las nuevas generaciones*, Grijalbo, Barcelona, 1977, pp. 77, 90 y 120.

(30) Instituto Gramsci, *El marxismo italiano...*, *op. cit.*, pp. 282, 331, 363, 367 y 376.

(31) F. Claudín, *Eurocomunismo y socialismo*, Siglo XXI, Madrid, 1977, pp. 76, 121 y 151.

(32) L. Paramio, *Tras el diluvio*, *op. cit.*, pp. 159 y 161.

(33) L. Kolakowski, *Las principales corrientes...*, *op. cit.*, III, p. 501.

(34) I. Sotelo, «Socialismo y marxismo», *op. cit.*, pp. 21-22 y 26.

(35) E. Laclau y Ch. Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Siglo XXI, Madrid, 1987, pp. 4, 89, 97 y 132. G. Bello, «Ética y subjetividad», *op. cit.*, p. 181.

(36) M. Sacristán, «¿Qué Marx se leerá en el siglo XXI?», *Mientras Tanto* 16-17 (monogr. «Karl Marx, 1883-1983»), agosto-noviembre 1983, pp. 131-132.

(37) P. Anderson, *Consideraciones...*, *op. cit.*, p. 133. B. Goodwin, *El uso de las ideas...*, *op. cit.*, p. 119.